

cuestran con frecuencia, más bien sistemáticamente, a directores de escuelas o jefes de departamento, a fin de recibir las cantidades de dinero o los puestos, que a cambio de cierta paz (a la manera gangsteril del viejo Chicago) reclaman.

Un reportaje exhaustivo sobre esta llaga pondría al descubierto las bambalinas —no tan ocultas— de un vergon (Sigue en la página 69)

16-ENERO-1980

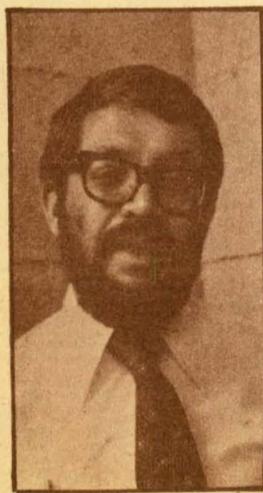


En Estados Unidos, fue silenciada la visita de López Portillo a Carter.

## México, el Enemigo?

COMO PATIO TRASERO  
DE EE. UU. NOS TRATAN

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS



El año pasado la relación entre México y los Estados Unidos llegó a uno de sus puntos de mayor tensión, ahora parece que estuviéramos en camino de que las situaciones difíciles en nuestro principal frente diplomático se reaviven.

En diversos círculos norteamericanos causó urticaria la decisión mexicana de no reexpedir visa al exsha de Irán. De haberlo he-

cho, nuestro gobierno habría entrado en conflicto con el de Irán, y se habría expuesto a represalias por completo evitables. Al enmendar el yerro de haberlo admitido en nuestro territorio, atendimos a nuestro propio interés y no lo subordinamos al de Washington. Fue natural, por lo tanto, que se reaccionara adversamente contra el gobierno mexicano.

Por una parte, un cierto sector de la prensa llegó hasta la propalación de infundios, tales como asegurar que el presidente López Portillo habría asegurado a Mohammed Reza Pahlevi su reingreso a nuestro país. La embajada mexicana en la capital estadounidense negó formalmente que tal oferta hubiera sido hecha. Pero como suele ocurrir, la primera impresión quedó en el ánimo norteamericano, propenso a desconcertarse o enojarse por las manifestaciones, más o menos autónomas según circunstancias, en que incurre la diplomacia mexicana. Una expresión patente del modo en que suele la prensa de los Estados Unidos enfocar las relaciones entre nuestros dos países la ofreció, en septiembre pasado, el

elocvente silencio, que no pudo ser sino delirado, acerca de la visita del presidente López Portillo al presidente Carter. Como si no se tratara del encuentro con el jefe de Estado de una de las dos naciones vecinas. Como si no tuviera densidad, limitada aunque estratégica, nuestra posibilidad de suministro energético, los más reputados diarios nacionales norteamericanos ignoraron o, en el mejor de los casos, minimizaron la importancia de la presencia mexicana en aquel país.

Más tarde, el senador Lloyd Bentsen dio palabras a una sensación en apariencia generalizada en los Estados Unidos. Reprochó agriamente a nuestro gobierno sus veleidades izquierdizantes, que según él lo habrían llevado a un acto de irresponsabilidad, por atender a sus propios intereses. Lo que sorprende es la sorpresa del senador Bentsen, y su imponente arrogancia. ¿Esperaba el legislador norteamericano que, ante la disyuntiva de dar visa al exsha o de negársela, el gobierno mexicano contemplara preferentemente las ventajas que de ello pudieran desprenderse para el de Washington que los inconvenientes de diversa índole que se podría causar a sí mismo? ¿Tan cerrada es la mente de la dirección política norteamericana que no puede concebir diferencias entre los intereses norteamericanos y los de sus vecinos, y circunstancias en que sean los de éstos los que prevalezcan?

Aparentemente así es. Una comprobación de tal clausura mental la dio la semana pasada un portavoz del Departamento de Estado al quejarse del más reciente aumento en el precio del petróleo mexicano. Por supuesto que toda alza en el precio de un producto es deplorable para el comprador. Pero dar a la protesta rango gubernamental, meterla en el contexto de una conferencia de prensa regular en la cancillería norteamericana es reiniciar una ofensiva que tenderá a debilitar las posiciones mexicanas en los diversos frentes de negociación entre los dos países.

Fue de tal modo infortunada la declaración del Departamento de Estado que el propio diario capitalino, "The Washington Post", al que quien líneas arriba hemos aludido cuando hizo un flaco servicio a la causa de la vinculación entre los dos países con motivo de la visita de López Portillo a Estados Unidos, editorializó inmediatamente doliéndose de la torpeza ("inepcia diplomática", la llamó) mostrada por el gobierno al reprochar al nuestro el que, con apego a su propio interés, hubiese fijado un nuevo precio al crudo.

La justificación que encuentra ausente el Departamento de Estado en esta actitud mexicana salta a la vista por dondequiera que se la busque. En primer lugar, allí están los ordenamientos del mercado. Si la OPEP incrementa sus precios, y los compradores están dispuestos a pagarlos, porque la escasez de bien así lo determina, ¿a santo de qué iba el gobierno de México a dejar pasar la ocasión de revisar sus propios precios, para acomodarse a la nueva situación? Y en lo político, ¿se imagina usted, lector, el papel de esquirolo que desempeñaría México si rompe con precios bajos la estrategia de los principales exportadores de petróleo? Ya de por sí se ve con reticencias la actitud mexicana de no incorporarse a la OPEP, y en general de plantear una política de energéticos diferente de la que las naciones no alineadas (donde se incluye a las de la OPEP) han formulado. Ello no hace bien a la posición de México en el mundo, pero al menos en cuanto a la política de precios no hemos caído en la incongruencia. ¿De dónde, pues, sacaría alguien la idea de que para beneficiar a nuestro principal comprador manteniéndole un precio bajo nos enfrentaríamos a nocivas consecuencias de orden económico y político?

El mismo día en que se anunció la reacción berrinchuda del Departamento de Estado un diario publicó aquí una entrevista con el exembajador de los Estados Unidos en México, señor Patrick Lucey. Éste dijo que "existe en el gobierno del presidente Carter una forma de paranoia con respecto a México y los mexicanos, que impide (Sigue en la página 69)